

ACADEMIA ECUATORIANA
DE LA LENGUA

EL ARTE EN TIEMPOS DE TINIEBLAS

Discurso de ingreso de Diego Pérez Ordóñez en calidad de
miembro correspondiente. El ensayo como aproximación,
discurso de bienvenida de Fabián Corral Burbano de Lara

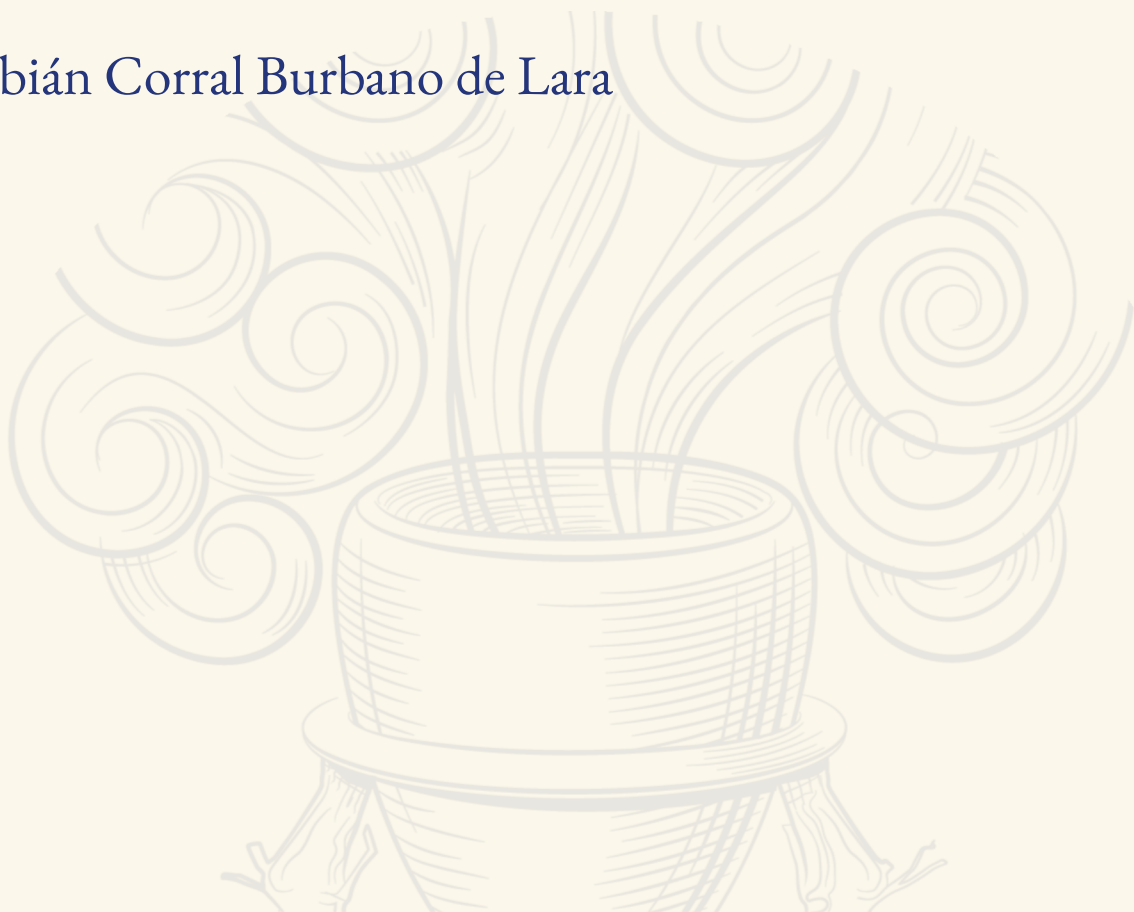
QUITO, 2026

Los siguientes discursos fueron leídos el miércoles 29 de julio de 2026, en sesión solemne presidida por el señor embajador Francisco Proaño Arandi, director de la Academia Ecuatoriana de la Lengua (AEL). El nuevo académico correspondiente, Diego Pérez Ordóñez, fue propuesto por los académicos de número Cecilia Ansaldo Briones, Carlos Freile Granizo y Fabián Corral Burbano de Lara.

DISCURSO DE BIENVENIDA

EL ENSAYO COMO APROXIMACIÓN

Fabián Corral Burbano de Lara



Desde que coincidí con Diego Pérez en las aulas de la Universidad Católica de Quito, donde fue mi alumno, y después, en la Universidad San Francisco, cuando iniciábamos esa extraordinaria aventura que fue fundar una Escuela de Jurisprudencia en la que no se enseñaba leyes, sino Derecho, y en la que, a la par, los alumnos leían filosofía y literatura, entendían a Sócrates y a Kelsen, en los tiempos en que era aún importante el Código Civil, pero también El Principito, digo, en esos días, Diego Pérez se ocupaba de explorar y escribir sobre las aventuras y desventuras de El Quiteño Libre, y de contarnos cómo ese atrevido desafío periodístico de un grupo de idealistas, terminó en tragedia y represión. Ese libro (1999) es evidencia de la temprana preocupación de Diego por la decadencia de la Ilustración y sus valores, y de su culto a las letras.

Supe, entonces, que Pérez sería un ensayista importante, que habría de lograr en el aula, en la prensa y en los libros, la difícil síntesis de enseñar Derecho Constitucional y Político y, al mismo tiempo, leer a Montaigne, y entenderse con la literatura. Supe que era de aquellos escasos personajes que se preocupaban, desde entonces, de distinguir y separar el oficio de abogado, del interés por salvar las ideas de la obscuridad, y que tenían claro que la pasión por la lectura y la escritura, aunque parezca una hipótesis entusiasta, nos protege de los riesgos de estos tiempos presurosos y sumarios, en que es evidente la decadencia de las ideas esenciales que, con dificultades, cierto es, hicieron posible la democracia e insinuaron la posibilidad de que la República sea una imperfecta realidad y no una insustancial declaración constitucional.

En aquellos inicios de los 2000, entre clases y conversación, presentíamos que esa República, hija de la Ilustración, estaba amenazada por la mediocridad, por el populismo y por la prevalencia del erróneo concepto de que la política utilitaria, no era una herramienta necesaria para la construcción del bienestar colectivo, sino un recurso al servicio de los intereses de candidatos y gobernantes. En esos días, hacia el 2005, las instituciones enfrentaban ya una angustiosa decadencia.

Y nos nació entonces la idea de escribir a cuatro manos, un libro “El juego de la democracia, reflexiones urgentes”. Lo hicimos con un breve pero formidable prólogo de Adela Cortina, la filósofa española. Y entonces se afirmó aún más mi percepción de que con Diego Pérez tenía coincidencias esenciales, no en el análisis coyuntural, sino en la comprensión de que, más allá del torbellino electoral recurrente, se jugaban las ideas capitales en torno a los derechos, las libertades, la responsabilidad pública, y acerca de la convicción de que democracia y liberalismo, no eran palabras vanas ni recursos al servicio del poder, que eran ideas y valores que contenían las herencias de la Ilustración: la dignidad humana, la libertad, los límites de los poderes, la misión de las élites, y aquella noción básica del Estado de Derecho, tan dañada por la reiteración y la mentira, por los embates del populismo que por entonces renacía, y por la incompreensión de que la cultura es la antesala de la vida civilizada. Al parecer, en ese tiempo ya había en Diego la idea de que las artes, y específicamente la literatura, podrían ser una suerte de tabla de salvación, de refugio y de luz al final del túnel de oscuridades fabricadas por una modernidad transformada en espectáculo, de la economía reducida a especulación, y de las dirigencias convertidas en el pobrísimo papel de grupos de presión.

La trinchera de Pérez ha sido el ensayo y, en algún caso, la crónica con tónica de ensayo, pero siempre las ideas por delante, y la comprensión de que en las ideas más que en las creencias está el secreto, que en la duda hay más riqueza que en los dogmas. Por eso celebro que ahora, al ingresar a la Institución, se ocupe de contarnos cómo el arte, y la literatura, serían la lámpara encendida en tiempos de oscuridad. Y celebro, más aún, que sea un lector, es decir, uno de aquellos que persisten en descubrir verdades y mentiras en las páginas de los libros, y uno de los pocos que pueden citar con exactitud y propiedad a Kant, y de maravillarse con la elegancia y sabiduría de Ortega. Y que sea un apasionado de Montaigne y sus ensayos.

Debo decir que con Diego Pérez, más que el derecho y más que los temas de la legalidad y sus angustias, nos unen una forma sui géneris de entender el liberalismo, el viejo liberalismo que estuvo encapsulado en la Ilustración.

Con el nuevo académico tengo amistad, pero sobre esa amistad, prevalece lo que llamo “aproximación”, cercanía en las ideas, y quizá coincidencia en la forma de ver el país, preocupación porque la cultura se salve, que los libros sobrevivan, que los torbellinos que ahora nos azotan no entierren lo que la “cultura telegráfica” persiste en liquidar, y la esperanza de que tras el reiterado espectáculo que vivimos habrá un poco de calma, que la dignidad no es asunto que se agota en la democracia electoral, que las ideas, pese todo, sirven e iluminan, que la República es una tarea incumplida, que en la historia están las lecciones, que en la literatura, aunque parezca extraño, se refugian la posibilidades de salvarse.

Efectivamente, estamos en tiempos de obscuridad, y por lo tanto, necesitamos una luz. Que Diego nos diga cómo opera esa luz, y cómo la literatura será la lámpara. Este es un tema de mucho fondo, esto es, que la literatura no es asunto de entretenimiento solamente en estos tiempos de devaneos y de renacimientos autoritarios, es mucho más: es el depósito de la cultura en el sentido más amplio del término, entendida como la infraestructura de la humanidad, y lo que, en términos de Ortega y Gasset, sería la circunstancia, lo que nos rodea y determina, aquello con lo que debemos contar para ejercer la libertad, para elegir, y lo que, según famoso párrafo del filósofo español, debemos salvar para salvarnos. Me remito a ese clásico texto del pensamiento que Ortega anunció en las Meditaciones de El Quijote, en 1914: “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo”.

Pues bien, lo que Diego Pérez piensa y lo que ahora nos insinúa, es que la circunstancia nebulosa en que vivimos, puede esclarecerse gracias al arte, a la literatura, que alude a los valores que escribieron y propusieron los ilustrados del Siglo XVIII.

En tiempos revueltos y contradictorios, cuando parece naufragar la razón entre la tecnología y la política, y en estos días en que la confusión prospera, merecen atención las artes, la literatura, la novela, el ensayo, y los escritores genuinos, los que, entre el estruendo de la modernidad, buscan la palabra precisa, el concepto exacto, el relato que haga posible volver al principio, a la claridad que extrañamos.

Bienvenido a la Academia Ecuatoriana de la Lengua, Diego.

Academia Ecuatoriana de la Lengua,

Quito, 29 de julio de 2026

DISCURSO DE INGRESO

EL ARTE EN TIEMPOS DE TINIEBLAS

Diego Pérez Ordóñez



Señor embajador Francisco Proaño Arandi, director de la Academia Ecuatoriana de la Lengua; señor Gonzalo Ortiz Crespo, subdirector; señor Diego Araujo Sánchez, secretario; señor Álvaro Alemán Salvador, tesorero; señor Luis Aguilar Monsalve, censor. Señoras y señores académicos numerarios y correspondientes; queridos amigos presentes.

Muchas gracias por recibirme esta tarde como académico correspondiente de la Academia Ecuatoriana de la Lengua y muchas gracias también a los académicos Cecilia Ansaldo Briones, Carlos Freile Granizo y Fabián Corral Burbano de Lara por auspiciar mi candidatura; muchas gracias, del mismo modo, a Luis Aguilar Monsalve por su labor de censor, en el mismo proceso.

En este caso creo que puedo argumentar, sin posibilidad alguna de equivocarme, que el privilegio de estar aquí es enteramente mío. Las columnas de opinión de Cecilia Ansaldo son un oasis en medio de la vorágine de la política. Y el trabajo que Cecilia ha hecho a favor de la literatura en las últimas décadas es enorme y va a ser muy difícil de emular. El surco de Cecilia es profundo y significativo: desde sus legendarias clases de literatura en el Colegio Alemán Humboldt de Guayaquil, su influencia en las aulas de la Universidad Católica y su labor inagotable al frente de la Feria del Libro de esa misma ciudad.

Con Carlos Freile he tenido el privilegio de coincidir en las aulas y pasillos de la Universidad San Francisco de Quito durante casi tres décadas. Carlos es profesor emérito y decano de honor del cuerpo de profesores de la universidad. Además, como pocos, tiene un pie en lo literario y otro en lo histórico: quizá sólo Carlos pueda navegar entre la curiosidad y la sensibilidad de *El Principito* y la ilustración y el humanismo de Eugenio Espejo.

Fabián Corral sigue siendo la definición del abogado como persona de letras. Columnista al tiempo valiente y reflexivo, generoso profesor y decano fundador del Colegio de Jurisprudencia de la Universidad San Francisco de Quito, Fabián ha formado a varias generaciones de profesionales, sus ensayos en la prensa han definido el ánimo y la moral del reciente periodo democrático y sus libros de viaje, en los que ha combinado los paisajes de la Sierra con largas reflexiones, lo hacen afín al Riva Agüero de los *Paisajes Peruanos*.

Y, en el caso de Luis Aguilar Monsalve, me han parecido admirables sus vasos comunicantes entre el mundo anglosajón de las letras y la historia de la literatura en América Latina, sobre todo por el énfasis en la crítica y el ensayo. Espero tener pronto entre manos sus *Ensayos sobre crítica de las literaturas de Occidente*, en una edición muy bonita de la librería Rayuela.

II

Como palabras de incorporación esta tarde de finales de julio quisiera proponerles una reflexión acerca del papel que debe jugar el arte – con especial énfasis en la literatura- en estos tiempos de tinieblas.

Empiezo, pues, por plantear mi tesis: creo que en los últimos años se ha profundizado un rompimiento (o al menos una honda fractura) con los acuerdos básicos que tradicionalmente rigieron a la humanidad, desde los tiempos de la Ilustración. En otras palabras: corremos el riesgo de divorciarnos, como sociedad, de las reglas silenciosas que nos han gobernado desde alrededor de tres siglos y que, con luces y sombras, han guiado el progreso y los avances de la humanidad.

Para comenzar, creo hay un declive en la noción universal de la dignidad humana. La acumulación de poder parece ser el sentido último de la política. Corremos el riesgo, como civilización, de que quede atrás la idea – hasta hace poco universalmente aceptada- de que el mundo debe estar gobernado por la premisa de que el ser humano nace investido de derechos. Y que esos derechos son previos a la conformación de cualquier Estado. Y que esos mismos derechos son más importantes que el prenombrado Estado y, por supuesto, más importantes que la política misma. Es decir, que esos derechos son previos al poder e inmunes al poder.

Esta deriva hacia la indignidad humana encuentra vida en varios ejemplos: la vejación y criminalización de la migración, el repliegue de los tratados internacionales de derechos humanos o la clara tendencia hacia la antiglobalización, no necesariamente en términos comerciales.

Es verdad que el poder unilateral, en cualquiera de sus formas (el jurista italiano Norberto Bobbio solía dividirlo en político, económico y de la información, éste último más importante ahora que nunca) va ganando terreno. Y también es verdad que los ciudadanos pasamos a ser ya sea una estadística, o miembros involuntarios del grupo identitario que nos toque.

Prevalece un sentido práctico, y no moral, del poder: ser popular a toda costa, mantener el bastón de mando a como dé lugar, aniquilar al contrario político como si fuera una plaga. Hacer lo que sea necesario.

En relación con lo anterior, en épocas de radical digitalización se ha deteriorado la libre circulación de ideas. Aunque en apariencia, la era digital pudiera haber traído más datos, mayor posibilidad de que nos informemos antes de tomar una decisión o de buscar entretenimiento, es muy difícil distinguir el bien del mal.

El tráfico de videos, imágenes o textos cortos es frenético: se nos hace imposible discernir la información falsa de la verdadera, conocer la fuente de esa información o, en el mejor de los casos, organizarla para poder procesar una conclusión.

Del mismo modo, y también, aunque también pudiera parecer contrario al sentido común, la aparente libre circulación de ideas de nuestros tiempos facilita la construcción del odio, del prejuicio: otra vez, el temor a lo ajeno (al extraño que está pegado a una pantalla y usando un par de audífonos, al extranjero indocumentado, al débil o al vulnerable), el recelo a las ideas contrarias. O la dificultad de defender las ideas propias con adecuada libertad, por temor a generar una ola de odio.

Corre peligro la noción, acuñada por pensadores como Cicerón desde el mundo antiguo, de que un ser humano no puede ser ajeno a otro; de que el ser humano, por el mero hecho de serlo, debe tener interés en los otros. (En Pagden, Anthony, *La Ilustración. Y por qué sigue siendo importante entre nosotros*. Traducción de Pepa Linares, Madrid, Alianza Editorial, 2015, pág. 104). Gastamos tiempo mirando, en solitario, el teléfono *inteligente*, como pasatiempo. Nos ponemos aparatos que cancelan los ruidos externos, al tiempo que bloquean toda interacción social. Nos entontecemos por la repetición serial de imágenes.

Como sociedad, el interés natural de unos seres humanos por otros ha sido reemplazado por el miedo y por la sospecha: tememos al otro, creemos que va a trastocar nuestros valores, que va a ocupar nuestros espacios, que nos va a robar nuestro trabajo. Tememos en especial al extranjero, en cuanto pueda ser portador de otras culturas, de otras adoraciones, de otras querencias.

En el mundo occidental crecen los ciudadanos adictos a las casas de apuestas *online*, mientras decrecen los que, no sólo leen libros con frecuencia, sino que pueden expresarse oralmente o escribir coherentemente. En un artículo reciente de la revista *The Atlantic*, Rose Horowitch ha acuñado el término de “sociedad posliteraria” para caracterizar estos últimos años, en que consumimos información en fragmentos cada vez más cortos -vídeos verticales, pastillas, emoticones- y tiempos, también, en que los algoritmos y demás ardides digitales premian los contenidos escuetos, simples y polarizantes.

Como consecuencia de todo lo anterior, cursamos tiempos de verdades absolutas, de posiciones irreconciliables: la era de las antípodas, de lo extremo, de lo *performativo* en el sentido anglosajón y más allá del puro espectáculo.

También es verdad que la crispación no es sólo signo de nuestros tiempos de pantallas. A Michel de Montaigne, jurista, alcalde de Burdeos e inventor del ensayo como género literario, le tocó vivir las crudezas y crueldades de las guerras religiosas de la Francia del siglo XVI. Cuando cumplió su deber de servicio público, se retiró a la torre de su castillo, que todavía puede visitarse, se encerró en la biblioteca – inscripciones griegas y romanas en las vigas- y se dedicó a pensar y escribir.

Los enfrentamientos religiosos dejaron poso en Montaigne, quien desarrolló la teoría de la necesaria convivencia de las ideas contrarias, como humus del debate y de la discusión racional:

“Así pues, los juicios contradictorios ni me ofenden ni me alteran; tan sólo me despiertan y ejercitan... Cuando me llevan la contraria, despiertan mi atención, no mi cólera; me ofrezco a quien me contradice, que me instruye...Celebro y acaricio la verdad, sea cual fuere la mano en la cual la encuentro, y me entrego a ella con alegría y le tiendo mis armas vencidas en cuanto le veo acercarse.” (Montaigne, Michel de, *Los Ensayos*, segunda reimpresión, Barcelona, Acantilado, 2008, Págs. 1379-80).

Es posible tender un puente desde Cicerón, hasta Michel de Montaigne, que pase por las vecindades de Voltaire y que llegue hasta nuestros agitados días. Hay ideas ajenas a la caducidad, como esta, de Voltaire:

“El derecho a la intolerancia es, por tanto, absurdo y bárbaro; es el derecho de los tigres, y es mucho más horrible, porque los tigres sólo desgarran para comer, y nosotros nos hemos exterminado por unos párrafos.” (Voltaire, *Tratado sobre la Tolerancia*, segunda edición, Madrid, Espasa-Calpe, 2007, Pág. 96)

Nos han tocado en suerte, pues, otra variación del derecho de los tigres.

Y creo que, más que tiempos iliberales, nos ha tocado en suerte la era de lo antiilustrado: lo radical le tuerce el brazo a lo racional, lo extremo intenta neutralizar a la tolerancia; son los tiempos del divorcio entre la política y la moral: los hechos consumados prevalecen frente a los límites del poder – que son la esencia de toda constitución- la necesidad de continua distracción (distinta del entretenimiento) le va ganando terreno a la reflexión; la velocidad agarra de las solapas a la serenidad. Ya nadie se aburre. Hemos abolido el concepto del necesario tiempo vacío. Nunca estamos solos: algún aparato siempre está al alcance de la mano, que muchas veces actúa como su mera extensión.

Nuccio Ordine, (el gran divulgador de los clásicos, casi al nivel de su compatriota Italo Calvino) al tiempo de alegar por la inutilidad del arte, nos advirtió que el ciudadano de nuestras épocas se está convirtiendo en una máquina sin alma, un esclavo de su entorno y, por tanto, proclive a fanatismos delirantes y rabias colectivas. (En *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*, traducción de Jordi Bayod, 4ta edición, Barcelona, Acantilado, 2014, Pág. 74)

La necesidad de los hechos políticos consumados, del *hacer algo*, conspira contra otras necesarias instituciones ilustradas: la reforma, el empuje por el progreso y el constitucionalismo. No hay tiempo para debatir – el anodino concepto de la *conversación* ha sustituido al del debate, para no herir susceptibilidades, supongo- cualquier progreso está atado a la popularidad y a ganar las próximas elecciones, y las constituciones, en buena parte de los países occidentales, son documentos que apenas coquetean con la ciencia ficción.

En este sentido, hay pocos observadores de los vientos que corren como el francés Gilles Lepovetsky, así como Alexis de Tocqueville fue el más sagaz de los espectadores de la reciente fundación de los Estados Unidos. Hace una década (es decir, antes de la efervescencia de la inteligencia artificial), Lepovetsky ya nos aleccionaba:

“La época hipermoderna es la del fin de la fe en los sistemas con mayúsculas: la Revolución, el Comunismo, la Nación, la República, el Progreso, Europa...todos estos ideales colectivos han dejado de estremecernos, de despertar el entusiasmo colectivo. Lo único que todavía es capaz de levantar el fervor patriótico es un partido de fútbol.” (*De la ligereza*, traducción de Antonio Prometeo Moya, Barcelona, Anagrama, 2015, Pág. 298)

Lipovetsky sostiene que la ligereza se ha apoderado de todos los aspectos de la vida occidental: la arquitectura, el deporte, la tecnología, la medicina, el derecho. Y esta ligereza ha derivado en una especie de civilización narcisista y frívola. Yo añadiría que también nos ha tocado vivir en la sociedad del vacío, del sinsentido y de la temporalidad. A lo mejor por aquello del vacío, se ha hecho patente un resurgimiento de las religiones, una suerte de nueva búsqueda de la espiritualidad. Pero los altos estudios eclesiásticos son materia de otras corporaciones...

Con todo lo dicho, creo, cabe reflexionar acerca del papel de las artes, y mejor todavía, de la literatura, en estas épocas tan desilustradas.

III

La simplificación de las ideas nos llevaría a pensar que, en épocas desilustradas y de retroceso de lo humano, la misión del arte y de las letras es lógicamente salvar el mundo. Sacar la capa, afilar la espada y salir a pelear por lo que es bueno y justo.

Es mi posición esta tarde que basta, para todos los efectos, que la literatura se limite a ser una bahía segura, un refugio frente al ruido, frente a la omnipresencia de las pantallas, frente a la abolición del aburrimiento. En este sentido, es trivial que la literatura sea nacional o no, masculina o femenina, política o apolítica. En tiempos de tinieblas, la literatura ha de ser agnóstica, en todos los frentes. Hago mía esta entrada en los diarios de Rafael Chirbes, el novelista valenciano: “Con buena moral no se hace buena literatura.” (Chirbes, Rafael, *Diarios. A ratos perdidos 3 y 4*, Barcelona, Anagrama, 2022, Pág. 287).

Y de otro lado, creo que la literatura no necesariamente debe ir de la mano de sus propios tiempos. Es decir, no veo sentido en que las letras reflejen la coyuntura, las tendencias, la actualidad, o como quieran ustedes llamarla. Para esos reflejos está, en otro andarivel, pero no por ello con menos valor, el periodismo, en cualquiera de sus formas. La crónica; o a lo mejor, el registro fotográfico.

Sostengo que el sentido del arte y de la literatura, justamente en épocas de oscuridades, es la andadura a contrapelo. Es decir, el artista debe ya sea adelantarse a sus tiempos – y ser precursor, abrir trocha- o ser decididamente anacrónico, en un modo en que su arte sea aparentemente extemporáneo, a veces insólito.

Entre los precursores quisiera invocar esta tarde, por ejemplo, a Diego Velázquez, que no sólo se dio formas de ejercer la pintura sin colores, sino que, del mismo modo, pintó el aire. Sobre Velázquez y la representación del aire – una idea que se atribuye a otro artista plástico, Aureliano de Beruete- sobre todo a propósito de los artificios y aparentes vacíos en *Las Meninas*- hay que volver a las páginas de Ortega:

“En muchos cuadros de Velázquez hay una presencia de lo atmosférico. Se ha dicho que pintaba el aire. Pero este efecto no tiene nada que ver con su modo de tratar el espacio...el ambiente aéreo proviene en Velázquez de las figuras mismas y no de su contorno, espacio o ámbito.” (Ortega y Gasset, José, *Obras completas*, tomo VI, Madrid, Taurus, 2006, pág. 740).

Y creo que se requería de otro pintor, a la vez que fino ensayista, Ramón Gaya, para tipificar a Velázquez como pájaro solitario:

“Es sabido que en la pintura de Velázquez no hay color, colores. Velázquez no es un ‘colorista’... Es cierto que en la pintura de Velázquez no hay, propiamente, colores, pero no se trata de una carencia, sino de una elevación, de una purificación...” (Gaya, Ramón, *Velázquez, pájaro solitario*, en *Obra Completa*, Valencia, Pre-Textos, 2019, pág. 99).

Consanguíneo de Velázquez, en el repertorio de Francisco de Goya se entreveran las pinturas de corte, con retratos de personajes de sus tiempos – el de Melchor de Jovellanos es particularmente hermoso, porque significa la melancolía del hombre ilustrado- con grabados, o representaciones de la independencia española de Francia, por ejemplo. De todo el corpus goyesco, a efectos de la teoría que les propongo esta tarde, destaca una pintura: *El perro* o *El perro semihundido*, como también se la conoce. Todorov, de gran sensibilidad para asuntos relacionados con el matrimonio entre la pintura y la Ilustración, sostiene sin que le tiemble la mano que *El perro* no tiene equivalente en la obra del pintor aragonés.

Seguramente muchos de ustedes hayan visto *El perro* en las paredes de El Prado, ojalá, o por lo menos en imágenes digitales. Evidentemente, la obra muestra únicamente la cabeza de un perro que parece otear, tras una gran masa inclinada de color ocre oscuro, mientras pone la mirada hacia un espacio vacío situado por encima de él. La mayor parte de la pintura está ocupada por una inmensa extensión de tonos *beige* y marrones, casi sin detalles. Esto, en una forma en que el animal aparece pequeño, aislado y vulnerable frente a un vacío abrumador.

No es tan claro que el perro se esté hundiendo; o si está oculto tras una colina o qué es aquello que observa. Todorov añade que “Aquí queda eliminada toda la idea del espacio pictórico, y al mismo tiempo toda idea de la humanidad.

Es el punto extremo que alcanza Goya investigando las posibilidades de la pintura...Goya nos hace salir del mundo que conocemos, pero sólo nos muestra el vacío.” (Todorov, Tzvetan, *Goya. A la sombra de las luces*. Traducción de Noemí Sobregués, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017, pág. 195).

Resulta bastante evidente – y hay mayoría calificada, por decirlo de algún modo, entre los estudiosos del pintor- que con *El perro* Goya no sólo se distanció de su época, sino que tendió un viaducto con lo moderno y quizá hasta con lo contemporáneo. Una pasarela con la era de la liviandad y del vacío que ya describió Lipovetsky, de los años de soledad, de la vigencia universal del individuo narcisista; “...como si el hombre contemporáneo necesitara enfrentarse con ese artista para poder explicarse a sí mismo” remata el historiador del arte Calvo Serraller. (En VV. AA, *Goya*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2002, pág. 369) con respecto de la vigencia de Goya.

IV

Hay otro modo por el que el arte puede descarrilarse de los tiempos: el anacronismo. Y en este punto también quisiera traer varios ejemplos a la mesa. Bob Dylan, premio nobel de literatura al final del día, en su etapa tardía, digamos desde mediados de los años ochenta hasta acá; un curso otoñal en el que ha grabado varios de los mejores discos de su carrera, pero a la vez muchos de los más oscuros, algunos de los más cavernosos. Un Dylan aparentemente arisco, que parecería casi desganado, pero que se ha volcado por entero al aporte estadounidense más notable a la cultura occidental: el blues. El Dylan añejo es casi tan trascendente como el Dylan que un día cambió lo acústico por lo eléctrico, en obediencia de lo que entonces demandaban los tiempos políticos. Hoy Dylan pone proa a contramarea, ajeno al tiempo.

Otro aparente arcaísmo: Giuseppe Tomasi di Lampedusa, el príncipe italiano, fin de raza, que presenció de cuerpo presente cómo su clase social se había derrumbado y cómo había perdido cualquier vigencia con la reunificación italiana, a grandes rasgos, a mediados del siglo XIX.

Lampedusa, cuya casa familiar en Palermo había sido arrasada por las bombas estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial, rara vez salía o hacía vida social, sino apenas para tomar un café, comer algo dulce y hacer “stock” con las novedades editoriales. Su misantropía y fijación con lo artístico lo empujaron a fundar una especie de salón literario: recibía en su casa a un grupo de jóvenes para conversar acerca de escritores franceses e ingleses, y alguna vez sobre García Lorca y los autores del Siglo de Oro.

El aire fresco de sus jóvenes apóstoles y la necesidad de preservar la memoria lo llevaron a componer – más que a escribir- *El Gatopardo*, una novela lírica y melancólica que no solamente constituye la crónica de una clase social que desaparece (son sus pompas, fastos y miserias), sino un ensayo sobre lo inevitable de los cambios, de mano del poder y la muerte.

Las editoriales italianas de todo signo político se negaron a publicar *El Gatopardo* en vida de Lampedusa (que murió de cáncer en Roma, sin saber que había creado una joya) por considerar la novela un aparato ajeno a los tiempos y paladares contemporáneos. Fue Giorgio Bassani – él mismo un novelista de la memoria, exquisito- el único que se animó a considerar el manuscrito en 1957. Sobre la trascendencia de *El Gatopardo* hay que concordar con Mario Vargas Llosa, en su ensayo sobre verdades y mentiras en la literatura:

“La obra maestra de Tomasi di Lampedusa vino a recordar que el genio era más complicado y arbitrario y que, en su caso, objetar la noción misma del progreso, descreer de la posibilidad de la justicia y asumir de manera resuelta una visión retrógrada – y aun cínica- de la Historia, no era obstáculo para escribir una imperecedera obra artística.” (*La verdad de las mentiras, Madrid, Alfaguara, 2002, pág. 296*)

Cerca de acá, en el barrio de Santa Bárbara, vivió otro de esos artistas ajenos al tiempo: el poeta Alfredo Gangotena. Extraño a las querellas literarias entre escritores y pintores hispanizantes e indigenistas (que reglaron buena parte del siglo XX ecuatoriano), extraterritorial y afrancesado, Gangotena fue un ave rara y, quizá, de vuelta con Gaya y Velázquez, un pájaro solitario.

Iván Carvajal, en su ensayo sobre la poesía ecuatoriana del siglo XX (que necesita de una nueva edición urgentemente) sitúa a Gangotena del lado barroco de la lírica – por sus frondosidades, por el miedo al vacío- más que en las tropas surrealistas (como le habría correspondido por época):

“Las imágenes gangoteneanas nos movilizan de manera abrupta por lo sideral, los Andes, los océanos, lo desértico, lo selvático; se cargan de violencia, combinan temporalidades históricas y existenciales disímiles; traslucen el *pathos* de la desolación, el sufrimiento corporal, la experiencia del exilio...Sin embargo, la misma yuxtaposición de imágenes en avalancha, la expansión textual, la recurrencia continua a imprecaciones, exclamaciones y preguntas retóricas, el uso del hipérbaton, contribuyen a configurar un procedimiento neobarroco, más que surrealista.” (*A la zaga del animal imposible. Lecturas de la poesía ecuatoriana del siglo XX*, Quito, Centro Cultural Benjamín Carrión, 2005, pág. 97).

Gonzalo Zaldumbide, en su prosa también un tanto barroca, saludó la llegada de un joven Alfredo Gangotena en 1929:

“Si a uno le gusta mantenerse en contacto con la realidad, aquí pierde pie desde el primer verso. Pero este vértigo le da la sensación de un mundo aparte, de un paréntesis imposible de soportar. En este vórtice de bellezas inverosímiles se deshace un haz de fulguraciones concertadas y desconcertantes. Qué torrente de frenesís sucesivos; y de repente, una suavidad elísea y, de nuevo, un grito lúcido en la noche más densa.” (*Ensayos literarios*, Quito, Centro Cultural Benjamín Carrión, 2019, pág. 446).

V

Dejemos el ruido de los tiempos, que diría la novelista Ariana Harwicz, para otras lides. Siempre habrá oportunidad para escaramuzas, discursos, nuevas batallas, razones para debate. Siempre habrá espacio para encuestas, popularidades, caravanas, concentraciones y demás diversiones.

Tenemos que reclamar la superioridad del arte en todas sus formas: andar, ver, pintar, comer, beber, leer, aburrirnos. El arte es el gran antídoto de estos tiempos de regresión. Sólo a través del arte, sostenía Marcel Proust – tirado en la cama, con su pluma, las paredes acorchadas para hacer frente al ruido- podemos salir de nosotros mismos y conocer el universo.

O mejor, del mismo Proust: “La verdadera vida, la vida al fin descubierta y dilucidada, la única vida, por lo tanto, realmente vivida, es la literatura.” (En Compagnon, Antoine, *Para qué sirve la literatura*, Barcelona, Acantilado, 2007, pág. 22)

Mil gracias.

Edición no venal.

Derechos reservados: Academia Ecuatoriana de la Lengua,
Diego Pérez Ordóñez y Fabián Corral Burbano de Lara.



*Dos discursos leídos en la incorporación de Diego Pérez
Ordóñez en calidad de miembro correspondiente de la
Academia Ecuatoriana de la Lengua.*

QUITO, 2026